

Mi Tierra

Karina Castro-González

La madrugada del 9 de septiembre de 2007, Alán Efrén, autor del *best seller* *Un despertar espiritual*, se soñó caminando por la alameda central. Nadie alrededor. Era extraño: todo estaba desierto. Un anciano que parecía de más de un siglo lo invitó a jugar ajedrez. Aguardaba el tablero de piedra. El encuentro fue muy cerrado, y a unos cuantos movimientos para terminar, el viejo se levantó para irse.

—Pero no hemos terminado.

—Ya no hay tiempo —dijo el anciano.

En ese momento, Alán despertó. La lluvia —más bien tormenta— intentó persuadirlo de permanecer en su confortable cama; no quería levantarse ni ver por la ventana, pero lo hizo.

Todo había desaparecido en un lapso de treinta días; primero los relojes, siguieron edificios, fábricas y medios de transporte. Esa especie tan propensa al análisis intentó hallar un patrón en la incontenible desaparición de la materia. Era inútil: los hechos derrumbaban cada nueva teoría en cuestión de horas. Ejemplo de ello fue la repentina extinción de los animales. Nadie encontraba explicación al fenómeno. Ni la encontrarían porque, de un día a otro, también los humanos comenzaron a ausentarse.

Las últimas casas desaparecieron esa noche. En medio del paisaje desolador, y asediada por el fuerte viento que ya señoreaba sobre la tierra desértica, se mantenía aún en pie una casa, la única hasta donde abarcaba la vista. Allí se encontraba Alán un día más al abrigo de su techo.



Popocatepetl (2012). Fotografía: Celene Salgado-Miranda.



Otra vista (2015). Fotografía: Celene Salgado-Miranda.

Sintió el impulso de subir a la azotea. El azul oscuro del firmamento se disipaba con los rayos cobrizos que perforaban las densas nubes. En el horizonte, el sol se anunció rojo y violento, mas la oscuridad no le permitía dar luz a todo el cielo. Escuchó atento el silencio: nada caminaba sobre la tierra sin asfalto. «Soy el último hombre». La certeza le había llegado como una poderosa sensación originada en el horizonte. Como un rayo, viajó hasta él y rebotó en su interior para proyectarse de nuevo en la inmensidad. Acaso para conservar la cordura buscó algo a qué aferrarse; pensó en la teoría del tiempo constante de Grigory Luka. Pasó los dedos entre el cabello cano de sus sienes. Si realmente Einstein se equivocó y en ciertas condiciones el tiempo y el espacio no se entretejen, era posible que algún hilo se hubiese roto afectándolo sólo a él; de ese modo, no desaparecería: viviría siempre en la constante del no tiempo.

Alán era físico, pero más que eso, un sobreviviente. Tenía cincuenta años cuando un accidente automovilístico lo dejó varios meses en coma. Nadie esperaba su recuperación, pero un día despertó con una idea fija: unirse a un grupo que impulsara el desarrollo humano. Publicó un libro sobre su experiencia cercana a la muerte. Abandonó las aulas universitarias para impartir seminarios sobre la evolución del ser y el desarrollo de la conciencia. A sus sesenta y dos años se sentía pleno, con muchos proyectos. Nunca imaginó un futuro como éste: ver desaparecer al mundo sin razón alguna, y a su esposa, esfumarse ante sus ojos.

«Si cada uno abriera su mente a un pensamiento de unidad, a un pensamiento positivo, daríamos paso a una nueva era para la humanidad, a un amanecer de paz». En efecto, la Tierra estaba en paz, pero Alán no se refería a eso cuando pronunciaba sus discursos a un emocionado auditorio.

A pesar de sus reflexiones una sensación de fatalidad lo perturbaba. «Mi casa existe porque pienso en ella; mi mente la sigue creando». La noche caía. Soñó que caminaba por la alameda central. Al encontrar al anciano del ajedrez, le preguntó:

—¿Por qué no has desaparecido, si ya no queda nadie?

El anciano le respondió:

—Porque sigues creyendo en mí. ¿Y tú? ¿Por qué no has desaparecido?

Alán despertó sobresaltado, bañado en sudor. «¿Por qué existo aún? ¿Quién continúa creyendo en mí?» Sus últimas palabras se desvanecieron en el silencio, y su cuerpo, entre la oscuridad.

Ahora mi tierra celebra una nueva era de paz.

KARINA CASTRO GONZÁLEZ. Ciudad de México, 1982. Es licenciada en Literatura y Creación Literaria por el Centro de Cultura Casa Lamm, México. Cursó la carrera en danza clásica en el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), México. Y tiene estudios profesionales de baile flamenco. Se desempeña como correctora de estilo, ha colaborado en proyectos del área de investigación literaria y ha impartido cursos de redacción en diversas instituciones. Participó en el libro colectivo *Recuentos* y ha publicado reseña, ensayo y cuento en las revistas *La Colmena*, *Aeda* y *Propuesta Cultural*.